

LA EUCARISTÍA Y EL CUERPO DE LA MUJER EN TIEMPOS DE PANDEMIA¹

Olga Consuelo Vélez

INTRODUCCIÓN

Muchas reflexiones se están haciendo sobre la pandemia y es normal que así sea. El covid-19 interrumpió nuestra cotidianidad y cambió nuestras prioridades, horarios, planes, etc. Es tiempo, por tanto, de interpretar, entender, reflexionar sobre esta nueva realidad. En esta oportunidad queremos relacionar dos aspectos muy concretos: la eucaristía, como sacramento que ha sido afectado por los cambios ya que su celebración no ha podido realizarse porque el distanciamiento social es una de las pocas medidas efectivas para contrarrestar el virus y el cuerpo de las mujeres que ni aún con una pandemia de tal magnitud ha dejado de ser “objeto” de vejaciones, violaciones y violencia de todo tipo. Nos referiremos en primer lugar a la pandemia que vivimos, en un segundo momento a la eucaristía y su afectación en este tiempo y, finalmente, a la relación que creemos se puede establecer entre la eucaristía y el cuerpo de las mujeres. Esperamos que esta reflexión ayude a articular aspectos de la vida humana que, al relacionarnos, pueden ofrecer algunos caminos de transformación del dolor que conllevan estas realidades.

1. LA SITUACIÓN DE PANDEMIA

He escuchado a algunos decir que no quieren hablar más de la pandemia, ni del covid-19. Llevamos 4 meses en América Latina viviendo esta realidad, aunque sabemos que en China empezó desde diciembre. Es verdad que puede agobiar pensar tanto en esa realidad, pero es lo que estamos viviendo y por eso se hace necesario reflexionar, entender, sacar el mayor provecho de esta experiencia.

La pandemia nos confronta con nuestra vulnerabilidad, limitación e impotencia. Esto es parte de la condición humana y, a veces, se nos olvida este dato básico de la condición humana, porque nos sentimos conquistando muchos logros, teniendo muchas realizaciones. El evangelio nos lo recuerda: “Quién de ustedes puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida?” (Mt 6,27). No somos dueños de nuestra vida. La recibimos como don y no sabemos cuándo se irá de nuestras manos. Por supuesto esta la libertad humana que puede hacerla florecer o hundirla en las peores experiencias. Desgraciadamente podemos quitarnos la propia vida y la de los demás y, en las últimas décadas, nos hemos dado cuenta de que también

¹ Este texto corresponde a una ponencia dada el 1 de julio de 2020 al ITER de Venezuela.

hemos sido capaces de terminar con la creación. Por encima de todo esto, la vida nos desborda, no la podemos dominar cómo nos gustaría y junto con la responsabilidad de cuidarla y hacer de ella lo mejor, hemos de mantener esa actitud de asombro, gratuidad, contemplación. Y también esa capacidad de aceptación y desprendimiento que supone la condición humana. En otras palabras, la pandemia nos está permitiendo experimentar lo más profundo de la condición humana, no mirar tanto para afuera sino para adentro, volver a aquellas preguntas fundamentales de la vida sobre el sentido, la razón de vivir, el para qué; preguntas que muchas veces evadimos por cobardía, por falta de atención, por superficialidad, por el miedo a la libertad. En otras palabras, la pandemia como, cualquier situación límite, nos confronta y hay que ser muy maduro para dejarse interpelar y dar respuestas apropiadas.

La cuarentena nos ha colocado en situación casi de “retiro espiritual” pero, muchas veces, en lugar de aprovechar la oportunidad, sale a la luz esa incapacidad de sacar de dentro los motivos para vivir y no solo estar a merced de las distracciones externas que nos dan placer, nos ocupan el tiempo, pero no, necesariamente nos hacen felices o nos realizan como personas. En esa búsqueda de sentido, la experiencia religiosa juega un papel fundamental y, por eso, la pandemia también ha revelado cómo vivimos la espiritualidad, qué imagen de Dios, de iglesia, de sacramentos, de comunidad, tenemos. Unas cosas son las ideas aprendidas o las prácticas asumidas y otras lo que en verdad vivimos sea en tiempo de alegría o de tristeza, de abundancia o escasez, de logros o de fracasos, como lo decía, Santa Teresa de Jesús, en su poesía, “Vuestra soy, para vos nací ¿qué mandáis hacer de mí?”²

2. LA EUCARISTÍA CENTRO Y CULMEN DE LA VIDA CRISTIANA

En la vivencia de la espiritualidad, la eucaristía ha jugado un papel fundamental en la vida de los católicos. Y, por eso, en esta situación de pandemia, ha sido una de las más afectada, cuestionada, reflexionada. Esto porque, además de que ella es el centro y culmen de la vida cristiana, en la práctica, es el sacramento que nos identifica “externamente”, que nos reúne como comunidad, que marca el ritmo de la vida cristiana con el precepto de acudir a ella cada ocho días y en la que todo el pueblo de Dios, incluidos los ministros ordenados, nos reunimos y celebramos ese gran misterio de la fe, en la que el Hijo de Dios, hecho ser humano, se ha quedado definitivamente entre nosotros, y se hace presente en el pan y el vino, transformados en su cuerpo y sangre. Al comulgar, entramos en la unión real con el cuerpo del Señor.

² Santa Teresa de Jesús. “Vuestra soy, para Vos nací”. En: Obras de Santa Teresa de Jesús. Madrid: Ed. Apostolado de la prensa, 1964, p. 1117-1120.

Ahora bien, ¿qué ha pasado con la eucaristía en estos tiempos de pandemia? No se ha podido celebrar por la necesidad del distanciamiento social. Con lo cual, el precepto dominical, no se ha podido cumplir y han salido a la luz preguntas, especialmente, por parte del laicado, sobre qué hacer para cumplir con el precepto, si la eucaristía digital es válida, si hay que recibir la comunión en la boca o en la mano, etc. Por parte de un sector del clero muy centrado en lo cultural, también le ha costado mucho pensarse sin celebrar la eucaristía porque es lo que constituye su ritmo diario. Por eso se multiplicaron las iniciativas de misas digitales y otro tipo de devociones, de manera que los feligreses continúen teniendo la atención pastoral.

La pandemia llegó de repente y “cambio” lo que estaba tan establecido y nos dejó con la inseguridad y el no saber cómo asumir esta nueva realidad. Esta situación hace recordar el encuentro de Pedro y Pablo en Antioquía, relatado en la Carta a los Gálatas (2, 11-14), en la que Pablo dice que enfrentó a Pedro porque antes de que llegaran algunos del grupo de Santiago, Pedro comía con los gentiles, pero cuando llegaron, Pedro se retiró por temor a los circuncisos. Y hasta Bernabé siguió el ejemplo de Pedro. Pues una de las preocupaciones que ha traído la pandemia es la cantidad de “escrúpulos” que tiene el Pueblo de Dios frente al cómo y cuándo celebrar la eucaristía. Pareciera que no ha entendido, en verdad, la libertad que nos trae Cristo, al poner la ley al servicio de las personas y no al revés y tampoco parece vivir el que el culto, la liturgia, es expresión de la vida y ha de llevarnos a la vida. De no ser así, es culto vacío, que no agrada a Dios. Esta idea está en toda la Biblia. En Proverbios (21, 3), por ejemplo, dice que “practicar el derecho y la justicia agrada a Dios más que los sacrificios” o el profeta Miqueas (6, 8) claramente expresa lo que Dios exige de su pueblo: “que haga lo que es correcto, ame con compasión y camine humildemente con su Dios”, o Amós (5, 21-24) quien también afirma que Dios aborrece sus reuniones litúrgicas porque su deseo es ver correr como el agua el derecho y la justicia”, o Isaías (1, 10-18) dice que está cansando de la multitud de sus sacrificios y fiestas y lo único que Dios quiere es que busquen el derecho, socorran al oprimido, defiendan al huérfano, protejan a la viuda. Pero sobre todo Pablo en la carta a los Romanos (12, 1-2) habla del culto espiritual que es entregarse a sí mismo y hacer lo que es bueno, lo agradable, lo perfecto.

Lo anterior lo desarrollé un poco más extensamente en dos publicaciones que días atrás. Una titulada, “De la eucaristía sacramental a la eucaristía existencial”³ y otra “Que no abran los templos hasta que aprendamos algo de esta pandemia”⁴. Ambos textos quisieron expresar que no es tiempo de lamentarse por no celebrar la eucaristía sacramental sino de aprovechar para vivir la vida cristiana, con la radicalidad que implica: amor

³ Vélez, Consuelo, Blog fe y vida: https://www.religiondigital.org/fe_y_vida/eucaristia-sacramental-existencial_7_2223447649.html

⁴ Vélez, Consuelo, Blog fe y vida: https://www.religiondigital.org/fe_y_vida/abran-iglesias-aprendamos-pandemia_7_2237846194.html

a todos y sin límite, descubrir a Jesús en toda persona, especialmente en los pobres, hacer vida el texto de Mateo (25, 31-46): “Todo lo que hiciste a uno de ellos, a mí me lo hiciste”, y el de la primera carta de Juan (4,20): “el que no ama al hermano al que ve, no puede amar a Dios a quien no ve”. Y, precisamente, desde aquí es que quiero entrar a la tercera parte de esta reflexión que es la realidad de la eucaristía y de las mujeres.

3. LA EUCARISTÍA Y EL CUERPO DE LAS MUJERES

Los textos de Romanos 12 y de 1 Cor 12, nos permiten introducir la relación de la eucaristía con las mujeres. Pablo nos recuerda que somos un cuerpo y que todos somos parte de ese cuerpo y nos pertenecemos unos a otros. Cada uno con dones diferentes, pero todos al servicio del mismo cuerpo. Ese es el cuerpo de Jesús y es el que recibimos en la Eucaristía. Es decir, cuando nos dicen “cuerpo de Cristo”, de alguna manera entramos a esa comunión real con el cuerpo de Cristo que es la humanidad entera, a la que acogemos y, por supuesto, nos comprometemos a hacer el bien.

Pretendo, entonces, ahondar en esa relación entre la eucaristía y las mujeres. Este tema podría tener otros sujetos: los indígenas, los negros, los homosexuales, los pobres, en fin, toda la humanidad que forma el cuerpo de Cristo. Pero aquí queremos detenernos en las mujeres y, específicamente, en el cuerpo de las mujeres.

¿Qué pasa con el cuerpo de las mujeres? Es un cuerpo que ha sido cosificado, ultrajado, violado, golpeado, asesinado. Fruto de la sociedad patriarcal y, también de una visión religiosa. Las mujeres han ocupado un lugar subordinado en la sociedad y en la iglesia y su cuerpo ha sido visto como causa del pecado y del mal del mundo. Por eso ha sido más fácil ultrajarlo y despreciarlo.

Históricamente se negó la capacidad de las mujeres de tener una racionalidad igual que los varones, se creía que era un cúmulo de afectos que no podía controlarse a sí mismas. Por eso no tenía derechos civiles y su cuerpo fue explotado comercial y sexualmente. Lamentablemente la religión cristiana (y otras religiones) ayudaron a esa imagen de la mujer al considerarla como la que introdujo el pecado en el mundo a través de Eva. Además, su cuerpo era considerado impuro, y por eso había de purificarse después de cada menstruación y hacía impuro al hombre que se relacionaba con ella en esos días. Cuando una mujer daba a luz una niña, necesitaba el doble de tiempo para purificarse. Si nos situamos en ese contexto, entendemos mejor lo que significan pasajes como la curación de la hemorroísa (Mc 5, 21-34). Una mujer con flujo de sangre desde hacía 12 años (o sea continuamente impura) que toca a Jesús -y él en ningún momento se siente manchado- sino

que alaba su fe y le dice que es esa fe la que la ha salvado. La mujer queda reconstituida en su ser personal y liberada de los estigmas de su tiempo.

La realidad de la prostitución es otra situación que ha acompañado a la mujer a lo largo de la historia. Pero ante ese fenómeno, solo ella lleva la culpa. El hombre que paga por sus servicios, no parece que fuera prostituto para la sociedad. El evangelio de Juan también nos relata una situación cercana, con el caso de la mujer adúltera (Jn 8, 1-11), en el que la mujer sorprendida en adulterio es llevada para ser apedreada, como lo mandaba la ley. Quieren probar a Jesús, pero Él responde con la lógica de Dios hacia todos sus hijos: “el que esté libre de pecado que tire la primera piedra”. El texto no habla del que cometió el adulterio con ella y tampoco quiere decir que, porque todos somos pecadores, no se va a reprender una conducta. Lo que el texto enfatiza, como en casi todos los textos del evangelio, es el comportamiento de los que condenan a los otros por el mandato de la ley y no corrigen con la fuerza de la misericordia y el perdón.

Hoy en día hemos tenido más conciencia de dos realidades que sufren las mujeres. La violencia que se ejerce sobre ellas de muchas maneras: psicológica, económica, afectiva, sexual, corporal. Una realidad que ha acompañado a las mujeres por generaciones pero que no ha logrado ser erradicada, totalmente. Cuantas abuelas y madres sufrieron la violencia doméstica, como parte constitutiva del matrimonio “cristiano”. Y cuando se acudía al sacerdote, el consejo que se recibía era: “ofrécelo a Dios, para salvación de tu marido”. Pero no se ha dado esa violencia de golpes. También la violencia sexual. Dentro del hogar porque ha sido “deber de la esposa” responder a las necesidades sexuales del marido, pero también la violencia sexual que se ejerce en la calle, en la oficina, en la familia, en muchos lugares donde parece connatural la violación para las mujeres. Sobre esto se podrían traer muchos casos. Uno muy doloroso, es la realidad de violencia sexual que vivieron las mujeres en el conflicto armado colombiano porque estas mujeres fueron violadas por todos los actores armados, incluidos los miembros del ejército⁵. Recientemente también salió la noticia de la violación que ejercieron ocho militares del ejército colombiano contra una niña indígena de 13 años⁶. ¿Cuál fue el motivo? Las mujeres son para violarlas, es como parte natural del comportamiento en la sociedad patriarcal en la que vivimos.

Junto a esta violencia física y sexual, están los asesinatos perpetrados contra las mujeres y que hoy en día se tipifica con el término “feminicidio” o “femicidio”. Se condenan a los varones porque matan a las mujeres por

⁵ Vélez, Olga Consuelo, “La cruz de Cristo y la violencia sexual contra las mujeres en contexto de guerra”. *Revista Horizonte*, v. 13, n. 39 p. 1206-1236, Julio/Sept. 2015.

⁶ <https://www.eltiempo.com/justicia/delitos/que-se-sabe-y-que-sigue-en-caso-de-nina-indigena-violada-por-soldados-del-ejercito-511918>

el hecho de ser mujeres. Podríamos nombrar muchas otras violencias contra las mujeres, pero lo que queremos es hacer caer en cuenta que tiene que ver esto con la eucaristía. Lo señalaremos en las siguientes afirmaciones:

- En la eucaristía recibimos el cuerpo de Cristo. No recibimos el cuerpo puro de Jesús, el cuerpo glorificado, el cuerpo inmaterial. Recibimos su cuerpo y en ese cuerpo hay unos miembros que sufren muchos: las mujeres y la violencia que se ejerce contra ellas. Recibimos, por tanto, este cuerpo violentado, abusado y asesinado de las mujeres. ¿Somos conscientes de ello? ¿Qué compromiso se desprende de ello? Las mujeres somos las que más participamos de las eucaristías y de la vida de la iglesia. Pero las mujeres sufrimos en silencio muchas de esas realidades, pero también somos insolidarias frente a la realidad vivida por tantas otras mujeres. La pandemia ha sacado a la luz la violencia intrafamiliar y el feminicidio. En Colombia se han dado 99 feminicios en este tiempo de cuarentena. En Venezuela 56 desde Marzo, según un reportaje de “eldiario”, de Caracas, el pasado 28 de junio, que título: *Feminicidios en Venezuela, la otra pandemia silenciosa*⁷. Y si enumeramos todo lo que pasa en el mundo, no acabaríamos la cuenta. La eucaristía nos compromete con esta realidad del cuerpo de Cristo. ¿Nos duele? ¿hacemos algo para denunciarlo y transformarlo? ¿Habíamos vinculado alguna vez la eucaristía con el cuerpo de las mujeres? Posiblemente con nuestro propio cuerpo porque esa realidad no es de “otras” sino de “nosotras”. Casi todas las mujeres hemos sufrido algún tipo de discriminación por ser mujer en muchos ámbitos, incluidos los ámbitos eclesiales.
- En la eucaristía se comulga para transformarnos en lo que recibimos. El Papa Francisco en una homilía del 2018 hacía esta afirmación, citando a San Agustín: “Yo soy el alimento de las almas adultas; crece y me comerás. Pero no me transformarás en ti como asimilas los alimentos de la carne, sino que tú te transformarás en mí”. Nos hemos de transformar en el mismo amor que tuvo Jesús hacia todas las personas, pero también hacia las mujeres. Cada vez es más claro que Él rompió moldes en la sociedad de su tiempo, hizo surgir una comunidad de iguales. Pero esta radical novedad se fue diluyendo y llegamos a lo que dije anteriormente que la misma iglesia reforzó estereotipos y violencia contra las mujeres. Se están dando pasos hacia el cambio, pero esto tiene que reforzarse desde esa comunión profunda con Jesús. La liberación que Jesús trajo a las mujeres ha de hacerse parte de nuestra propia vida si realmente comulgamos con el cuerpo de Cristo.

⁷ <https://eldiario.com/2020/06/17/femicidios-en-venezuela-la-otra-pandemia-silenciosa/>

- En la eucaristía nos unimos como pueblo de Dios, hacemos real la comunidad. La comunión del cuerpo de Cristo es lo que nos hace comunidad. No es estar todos juntos en el mismo lugar sino comprometernos porque en esa comunidad “nadie pase necesidad” (Hc 2. 42-47). ¿Cómo ha avanzado la justicia con las mujeres en la sociedad y en la iglesia? ¿podemos celebrar la eucaristía y no comprometernos con esa realidad?
- En la eucaristía se entrega Jesús. Al recibir la eucaristía, Jesús nos invita a entregar la propia vida. Pero aquí hay que hacer una salvedad. Las mujeres siempre se han entregado de muchos sentidos, pero perdiendo su propia dignidad. Esto no es la voluntad de Dios, pero una mala interpretación de la eucaristía pueda llevar a esto. Por eso es importante recuperar la dignidad de las mujeres y que su entrega de la vida sea desde la posesión de sí y no desde un vaciamiento de su dignidad. Todo esto responde a las luchas actuales sobre las mujeres que, lamentablemente, se entiende mal y las mismas mujeres, por desinformación, por prejuicios, a veces, son las que menos apoyan las luchas feministas. La eucaristía invita a comprometerse con esta causa tan urgente y necesaria.
- La eucaristía compromete con la vida. Todo lo anterior ya habla de este compromiso de vida que implica participar de la eucaristía. Pero mejor que el propio apóstol Pablo nos hable del modo de celebrar la eucaristía: “Así pues, cualquiera que come del pan o bebe de la copa del Señor de manera indigna, comete un pecado contra el cuerpo y la sangre del Señor. Por tanto, cada uno debe examinar su propia conciencia antes de comer el pan y beber de la copa (...) Por eso muchos de ustedes están enfermos y débiles, y también algunos han muerto. (...) Así que, hermanos míos, cuando se reúnan para comer, espérense unos a otros. Y si alguno tiene hambre que coma en su propia casa, para que Dios no tenga que reprenderlos por esa clase de reuniones ...” (1 Cor 11, 27-32). Podríamos preguntarnos ¿por qué tantas eucaristías sacramentales no nos han hecho mejores cristianos? ¿no hemos trabajado por la comunión de bienes -justicia social- y la dignidad de todos los miembros del cuerpo de Cristo? ¿No será este tiempo de pandemia, ocasión propicia para revisar nuestra praxis existencial para volver a la praxis sacramental a comulgar el cuerpo de Cristo y no nuestra propia condenación? Me parecen muy fuertes estas palabras, pero muy reales. Y este es tiempo propicio para crecer en la vida cristiana en todos los sentidos.

CONCLUSIÓN

Quisimos tratar tres realidades pandemia-eucaristía-mujeres. Nos gustaría concluir haciendo las siguientes afirmaciones:

- La pandemia es tiempo de gracia, como todo tiempo de Dios. Dependerá de nosotros que en verdad nos abramos a lo que Jesús nos está diciendo en esta realidad. Es tiempo de confrontarnos con el sentido de la vida y buscar donde está puesto ese sentido y qué papel juega la espiritualidad en ella. Pero ¿qué espiritualidad? ¿qué imagen de Dios? ¿qué imagen de iglesia? ¿qué imagen de sacramentos?
- La eucaristía primero es vida y luego es culto. Podemos no celebrar el culto por la razón que sea, pero nadie nos quita la vida. Es una comunión tan real como la del culto. El Cristo presente en los demás es igual de real que en la Eucaristía. ¿Por qué dudamos tanto? ¿Por qué no nos creemos que el que ve al hermano ve a Dios?
- En la eucaristía existencial o sacramental recibimos el cuerpo del Cristo. Pero este cuerpo es el cuerpo real de los hermanos y, en esta ocasión, nos detuvimos en el cuerpo de las mujeres porque sus cuerpos son cuerpos violentados, maltratados, asesinados. Y uno no puede comulgar el cuerpo de Cristo sin ser consecuente con lo que recibe y comprometerse con la transformación de todo lo que afecta al cuerpo de Cristo en los hermanos. De no hacerlo, comulgamos nuestra propia condenación.
- Que este tiempo de Dios nos ayude a crecer en la vida cristiana y sea esta ocasión de una conversión profunda al cuerpo de Cristo “real” en los hermanos y, para esta reflexión, en la situación de las mujeres, lo cual supone una exigencia ética y cristiana, de trabajar por su dignidad y el reconocimiento de todos sus derechos.